

PÍO BAROJA: la última vuelta de un clásico

Decía Azorín en el «Nuevo prefacio» a la segunda edición de *Lecturas españolas* (1920) que «un autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna». Añadía que en esta capacidad de la obra de un escritor para adaptarse a las necesidades de sucesivas generaciones de lectores reside la posibilidad de que un autor sobreviva a su tiempo. Que sobreviva convirtiéndose en un referente de permanente actualidad. Partiendo de este principio, hemos querido dedicar el dossier de este número de *Pasajes* que lleva por título «Pío Baroja: la última vuelta de un clásico» al que quizá sea el novelista español que más y mejor cumple esta condición enunciada por el escritor alicantino. Si existe una obra en la literatura española contemporánea que haya resistido bien el paso del tiempo y siga gozando de un estado de salud admirable, como atestigua la sucesión de reediciones de sus novelas más conocidas, esa es sin duda alguna la barojiana. Y no nos referimos únicamente a la atención que se le presta a Baroja en el ámbito académico o universitario, donde la figura del intempestivo escritor vasco nunca ha logrado un reconocimiento unánime. Aludimos al interés que la literatura barojiana sigue despertando entre lectores de todas las épocas que por distintos motivos se han acercado a su obra.

En este sentido, si para algo ha servido la conmemoración en 2011 del centenario de dos de las obras maestras de nuestro autor —*El árbol de la ciencia* y *Las inquietudes de Shanti Andía*— es para constatar su vigencia: a pesar de haber pasado un siglo, estas y otras novelas barojianas se siguen leyendo como el primer día. Lejos de haberse fosilizado como uno de esos autores convertidos en materia para especialistas o en un triste epígrafe de un manual de bachillerato, de esos a los que todo el mundo cita pero nadie ha leído, Baroja es un autor vigente y actual que no ha perdido un ápice de esa modernidad —sobre todo estilística— que le ha hecho célebre como narrador de acción, como creador y contador de historias. Como dice en un apunte de *Las horas solitarias* (1918), «hay que ver lo difícil, lo extraordinario que es escribir algo divertido y ameno. La gente no quiere creerlo así. Supone que es mucho más serio lo que aburre que lo que le divierte».

Teniendo en cuenta la amplitud de una obra tan variada y lo complejo de una personalidad tan contradictoria, hemos intentado que este dossier sea también una aproximación al personaje desde distintos puntos de vista, con enfoques muy diferentes que puedan servir al lector de *Pasajes*: al barojiano de pro, pero también y sobre todo al no especialista, a quien se acerca a este escritor por primera vez. ¿Es un gran autor de la literatura española? Sin duda. Pero sobre todo es un gran autor que puede interesar a quien no tiene inquietud por las dolencias o malestares patrios, por las anomalías o agonías nacionales. Queremos presentarlo sin tópicos o etiquetas que lo aclaren o simplifiquen. Queremos mostrarlo sin corsés provinciales o provincianos.

Baroja sabe conjugar géneros distintos, sabe mezclar datos e invenciones, sabe combinar lo autobiográfico con lo imaginado, sabe innovar incorporando la tradición. ¿La tradición española? Sí, la local, pero también la francófona o la anglosajona: desde Herman

Melville hasta Robert Louis Stevenson; desde Charles Dickens hasta Benito Pérez Galdós; desde Walter Scott hasta Eugène Sue. En sus novelas hay análisis de costumbres e intimismo, naufragios literales y derrotas personales, folletín y filosofía, dolor y humorismo, mil y una historias junto a introspecciones. En sus obras hay impostura y compostura. Vamos, lo que nos proporcionan las ficciones más reparadoras o inquietantes.

Para ello, hemos contado con algunos de los grandes lectores que la obra barojiana ha tenido y tiene, tanto en el mundo académico, como fuera de él. En primer lugar, y como no podía ser de otra forma, hemos querido pulsar las opiniones de dos compañeros de gremio. Del gremio de Baroja, queremos decir: el escritor y académico Luis Mateo Díez, y el periodista y escritor Jesús Marchamalo. En sus textos encontrará el lector una visión personal y una reflexión emotiva sobre lo que la figura de don Pío sugiere e inspira a ambos barojianos. Junto a estos dos retratos, el lector de este dossier podrá encontrar otros trabajos realizados por tres historiadores (Rafael Núñez Florencio, Justo Serna y Francisco Fuster) que –por distintos motivos y con distinto grado de intensidad– conocen y han trabajado con fuentes literarias y en particular con la obra de Baroja. También hallará el examen de un experto en literatura autobiográfica, el profesor Manuel Alberca, que es además un fino lector de la obra barojiana, como se desprende de su análisis de unas de las novelas más apreciadas de nuestro autor.

Junto a estos seis trabajos, unos más breves y literarios, otros de mayor extensión y tono más académico (aunque sin caer –o a eso hemos aspirado– en la erudición y la frialdad), este dossier dedicado a Baroja se completa con una extensa y completa en-

trevista a José-Carlos Mainer. Para nosotros, Mainer no solo es el mejor lector que ha tenido la obra barojiana, sino un referente obligado e ineludible de la historia cultural española que se ha escrito y se ha enseñado en este país durante las últimas décadas. A él, de forma indirecta e implícita, hemos querido rendir un homenaje en este dossier barojiano. Desde ese punto de vista, y para concluir la presentación, podemos decir que con este número de *Pasajes* que el lector tiene en sus manos hemos pretendido saldar una deuda doble: la contraída con un autor que nos ha regalado muchos y muy buenos momentos de lectura; y la contraída con un colega al que todos los amantes de la historia cultural debemos mucho, a un profesor que conoce y nos ha hecho conocer mejor la obra de Pío Baroja.

«La historia es el folletín de las personas serias», leemos en *Las inquietudes de Shanti Andía*. Parafraseemos a Baroja completando esas palabras. La novela es la historia de las personas serias que no pueden vivir el folletín. Eso es lo que ocurre en el género que tan bien conoce Mainer: que siempre hay una última vuelta que nos sorprende, que nos conmociona o que nos interesa. Baroja aún choca: aquí está de vuelta. ■